

tuviese habitado por los griegos que lo ocupan hoy, si nuestros padres no hubieran desplegado para su defensa un valor tan heróico en Maraton y Salamina? ¿Cuál será el hombre tan estúpido, tan ignorante, tan enemigo de Atenas, que no confiese que la Grecia toda habría sufrido el yugo de los bárbaros? ¡Pues bien! á pesar de la grandeza de vuestros abuelos, á los cuales ningun enemigo se atrevería á negarles un glorioso elogio, Esquines exige que vosotros, sus descendientes, los borreis de vuestra memoria. Y ¿por qué tiene esta exigencia? ¡Porque con ella gana un vil salario! Y sin embargo, los hombres ilustres no gozan otra cosa, despues de su muerte, que las alabanzas dispensadas á sus nobles acciones; estas alabanzas son su propiedad; ni la misma envidia se las disputa cuando descansan en la tumba. Esquines que pretende arrebatárselas, merece una degradacion civil, y así habreis vengado la ofensa que infiere á vuestros padres. Tú, ¡corazon pérfido! tú con tus discursos has desgarrado, como si fuese una presa, la gloria de sus altos hechos; al par que con esos mismos discursos, origen de todos nuestros males, has adquirido riquezas y arrogancia. Antes que hubiese hecho tantas heridas á la pátria, él mismo confiesa, atenienses, haber sido notario por el favor de vuestros sufragios, en cuya época era sufrido y modesto. Pero desde que cometió tan innumerables atentados, frunce el entrecejo, y si alguno al pasar dice: «*Ese es Esquines el ex-notario,*» se pone furioso y grita indignado por la ofensa. Se le vé en la plaza pública con el manto caido hasta la hebilla, inflando sus carrillos y paseándose con el mismo paso que Pitoelo. Al presente es uno de esos huéspedes, uno de esos buenos amigos de Filipo que quieren desembarazarse de la democracia, y que solo ven en nuestra constitucion una mar tempestuosa. Tal es el hombre cuyos profundos saludos se dirigian, no hace mucho, á la mesa donde comen los pensionistas del pueblo.

Tracemos de nuevo rápidamente la insidiosa política en que Filipo os ha comprometido, con la ayuda de estos enemigos del cielo: el tejido de sus viles manejos reclama una vez más nuestro exámen. Hacia mucho tiempo que el Príncipe deseaba la paz: las costas de la Macedonia eran devastadas por nuestros corsarios, y el bloqueo de sus puertos le había privado de todas las ventajas del comercio. Nos envió, pues, con gran copia de palabras conciliadoras á Neoptolemo, Aristodemo y Ctesifonte. Desde la llegada de nuestros enviados, puso á Esquines á su servicio para que sirviese de auxiliar al infame Filócrates, y triunfar así de algunos colegas que deseaban el bien de la pátria. Con su concurso os escribió una carta, de la cual esperaba principalmente la estipulacion de la paz. Pero ningun provecho sacaba de sus intrigas contra vosotros, si primero no destruía la Fócida, lo cual era una empresa nada fácil. La fortuna le había, en efecto, reducido á la alternativa de no poder ejecutar ni uno solo de sus proyectos, ó de faltar á sus compromisos y cometer un perjurio, haciendo á todos los helenos y á todos los bárbaros testigos de su perfidia. ¿Recibía á la Fócida en su alianza presándole el mismo juramento que á vosotros? Entonces tenía que desatender la promesa hecha á los tebanos, á los cuales había ofrecido ayudarles en la conquista de la Beocia, y la palabra dada á los tesalios de contribuir á que entrasen á formar parte de la dieta federal. ¿La escluí, por el contrario, del tratado, como en efecto la escluyeron? En este caso temía que vosotros saliéseis á cortar el camino, apostando tropas en las Termópilas; y ciertamente que lo hubiérais hecho si no os hubiesen engañado. Calculaba que, en tal hipótesis, le sería absolutamente imposible forzar el paso, y sin duda se convencía de ello por sus propios recuerdos. Despues de obtenida su primera victoria sobre los focidenses, victoria que les fué arrebatada por sus tropas extranjeras y por Onomarco, su ge-

neral, Atenas fué la única que, entre todos los pueblos griegos y bárbaros, acudió á socorrerles; y lejos de pasar más adelante el vencedor, lejos de terminar su empresa, no pudo ni siquiera aproximarse á las Termópilas. Comprendió claramente que estando en desavenencia con la Tesalia, privado por primera vez del concurso de Faros, y viendo á Tebas que acababa de sufrir una derrota, atestiguada por un trofeo, no podia avanzar un solo paso si vosotros socorriais la Fócida, ni llevar á término feliz las tentativas de sus armas, sin poner en juego los recursos de la astúcia. «¿Cómo, pues, se preguntó á sí mismo, podré realizar mis proyectos sin aparecer impostor y perjuro? Hélo aquí. Corromperé á algunos atenienses que se encargarán de engañar á Atenas, y así recaerá sobre ellos la vergüenza de esta infamia que yo no quiero echar sobre mi nombre.» En consecuencia de esto, sus embajadores os declaraban que no admitiría á los focidenses en el tratado de alianza, mientras que los instrumentos de la traicion pedian la palabra, despues de ellos, y os decian: «Evidentemente, Filippo no puede acceder, sin desdoro, á que la Fócida se comprenda en los tratados, porque se lo impiden sus relaciones con Tebas y la Tesalia; pero así que obtenga la paz y se asegure una grande influencia, ejecutará todo lo que hoy queremos que estipule.» Insidiosas promesas, pérfidas sugeriones que proporcionaron la paz á Filippo con exclusion de la Fócida. Pero todavía era menester disuadiros de enviar un cuerpo de tropas á las Termópilas, para que en union de los cincuenta triremes atenienses, apostados siempre para guardar el paso, pudiesen detener al Monarca si intentaba franquearlo. ¿Cómo conseguir esto? ¿Qué nueva trama emplear para lograrlo? Se os hará perder la ocasion oportuna, se detendrán las operaciones comenzadas, y de este modo habreis perdido todas las ventajas si emprendeis la campaña. Tal fué indudablemente la conducta de los traidores. Por mi parte, he dicho y repito de nuevo, que no pude precaver nada, y

hasta se detuvo en el puerto la nave que fleté. Pero era necesario que los focidenses se entregasen por sí mismos á Filippo, para que este no perdiese un solo instante, en el cual pudiésemos espedir algun decreto contrario á sus miras. «Yo haré saber, se dijo entonces á sí mismo, yo haré saber por medio de los diputados de Atenas, que la Fócida será respetada. De este modo, confiados en la palabra de sus amigos, los focidenses que podrán dudar de mí, se pondrán en mis manos sin ningun recelo. Respecto de los atenienses, les haremos creer que todo vá á resultar conforme á sus deseos, para que no dificulten nuestros designios con ninguna resolucion; y combinaremos tan bien las noticias y las promesas de nuestros agentes, que este pueblo quedará reducido á la inaccion, cualquiera que sea el giro de los sucesos.» Hé aquí los ardidés; hé aquí los manejos por los cuales todo ha perecido en manos de esos hombres, dignos ellos mismos de perecer cruelmente. Así, pues, cuando aguardábais que Tespias y Platea fuesen reedificadas, supisteis que Orcomeno y Coronea habian sido reducidas á servidumbre. Lejos de ver á Tebas humillada y abatido su insolente orgullo, las fortalezas de los focidenses, aliados de Atenas, fueron destruidas por los mismos tebanos, cuya poblacion aseguraba Esquines en sus discursos que seria dispersada. Lejos de entregarnos la Eubea en reparacion de la pérdida de Anfípolis, Filippo levanta en sus costas nuevos fuertes contra el Atica, y no cesa de amenazar encubiertamente á Geraestos y á Megara. Lejos de ocupar de nuevo á Oropos, tomamos las armas para defender á Drimos y el territorio de Panacte, lo cual no hicimos nunca mientras existieron los focidenses. Lejos de mantener en el templo de Delfos los antiguos usos y de exigir la restitution del tesoro sagrado, los verdaderos anfictiones han sido rechazados y proscritos de un pais donde no ha quedado piedra sobre piedra; los macedonios, esos bárbaros á quienes el título de miembros de

la dieta no ha pertenecido jamás, lo han tomado con su espada; al que habla de restituir á los Dioses sus riquezas, se le envía al suplicio; Atenas se vé despojada del derecho de primacia para consultar el oráculo, siendo los sucesos futuros para nuestra ciudad otros tantos enigmas. Filipo no comprometió su palabra, y obtuvo todo lo que quiso, mientras que vosotros, que aguardábais cuanto se puede desear, habeis visto suceder todo lo contrario de lo que os prometian vuestras esperanzas. Con las apariencias de la paz habeis sufrido más que durante la guerra; los culpables han recibido dinero por engañaros, y sus crímenes permanecen todavía impunes.

Que estos crímenes son el resultado de su venalidad, y que han recibido el precio de tantas traiciones, son hechos conocidos desde hace mucho tiempo. Con la demostracion rigurosa de lo que todos sabiais, acaso me habré apartado de mi objeto y quizá tambien os haya importunado. Pero, sin embargo, os suplico que escuchéis todavía una palabra. ¿Hay uno solo, ¡oh jueces! entre los embajadores mandados á Filipo, á quien hayais elevado una estatua en la plaza pública? Pero, ¿qué digo una estatua? ¿Hay alguno á quien penseis asignar una pension en el Pritaneo, ó conceder cualquiera otra recompensa de las que dispensais á los que os sirven con lealtad? Sin duda que no. ¿Y en qué consiste esto? No consiste en que seais injustos, duros é ingratos; pero consiste, direis vosotros, en que han mirado más por los intereses de Filipo que por los nuestros: respuesta justa y verdadera. ¡Y bien! ¿Creeis que el Monarca piensa de diferente modo? ¿Creeis que haya sido tan pródigo y espléndido con ellos, por reconocer los buenos servicios que hayan prestado á Atenas? Esto es imposible. Ved la acogida que han merecido de él Hegesipo y sus compañeros. Sin hablar de otras cosas, ha hecho espulsar á nuestro poeta Xenóclides, por haber dado hospitalidad á algunos de sus compatriotas. Así es como

trata á los que sostienen su opinion y vuestros derechos, mientras que los que se venden son tratados como Esquines y Filócrates. ¿Serán menester aún más testigos? ¿Serán menester pruebas más evidentes? ¿Será posible que esto se borre de vuestra conviccion?

Hace poco rato que á las puertas de este recinto se me acercó uno y me dió la más estraña noticia. Esquines, me dijo, ha preparado una acusacion contra Cáres, y por este medio espera burlar vuestros intentos. Atenienses, un proceso haría reconocer que Cáres os ha servido siempre con todo el celo y toda la fidelidad que le era posible, y que sus reveses fueron la obra de los hombres viles y codiciosos que han arruinado vuestros asuntos; pero no insistiré más en esto, y hasta haré la mas amplia concesion. Supongamos cierto cuanto diga el acusado contra el referido general: aun, en tal caso, el proceso sería un verdadero subterfugio, puesto que yo no imputo á Esquines ninguno de los accidentes de la guerra, de los cuales son responsables los generales, ni tampoco la paz hecha por la República: sobre estos puntos ningun cargo le dirijo. ¿Dónde se funda, pues, mi acusacion? Se funda en el apoyo que prestó á Filócrates combatiendo las más útiles proposiciones cuando Atenas negociaba la paz; se funda en los presentes que ha recibido; se funda en el tiempo precioso que consumió en la segunda embajada. No haber ejecutado ninguna de vuestras órdenes; haber engañado á la República; haberlo perdido todo, con la esperanza fundada en la docilidad de Filipo á vuestros deseos, tan pomposamente prometida; haberse convertido en el panegirista de un Príncipe culpable de infinitas injusticias, y contra el cual otros ciudadanos despertaban vuestra desconfianza, hé aquí mi acusacion, hé aquí lo que todos recordais. ¡Oh! si la paz hubiese sido justa y favorable para vosotros; si no hubiese visto á estos hombres venderlo todo y burlarse, con sus mentiras, de vuestra credulidad, yo mismo

habría pedido para ellos alabanzas y coronas. Pero en cuanto á los delitos que ha podido cometer un general, son estraños á la causa que nos ocupa. Y por otra parte, ¿qué general ha perdido la Fócida, y hecho que el Monarca se apodere de Alos, Doriskos, Kersobleptes, el Monte Sagrado y las Termópilas? ¿Qué general ha abierto á Filipo un camino hasta el Atica, á través de nuestros amigos y aliados? ¿Qué general ha sometido al yugo extranjero Coronea, Orcomeno, la Eubea y por poco Megara? ¿Qué general ha hecho á Tebas poderosa? De tantas y tan graves pérdidas, ninguna ha sido ocasionada por vuestros generales, ni el resultado de una cesion hecha voluntariamente á Filipo por los atenienses en un tratado de paz: todas tienen su causa en la vil codicia de vuestros embajadores.

Si, pues, Esquines elude los cargos y quiere estraviar vuestra atencion hácia otro asunto, volvedle al que nos ocupa por medio de estas palabras: «No estamos aquí para juzgar á un general, ni tú has sido acusado por la marcha de la guerra. No digas que otros han sido cómplices de la ruina de los focidenses, y ciñete á demostrar que no has contribuido á ella. ¿Por qué si Demóstenes ha prevaricado, no has hablado hasta hoy? ¿Por qué no lo acusastes cuando rindió sus cuentas? Tu conducta sola basta para condenarte. No vengas á ponderarnos las dulzuras y ventajas de la paz, pues nadie te imputa como crimen el haber inducido la República á estipularla. Demuestra que esa paz no ha sido una afrenta y un ultraje; que desde que fué ajustada todas nuestras esperanzas no quedaron muertas y todas nuestras posesiones destruidas: esto es lo que te debe ocupar, porque esto es lo que se demuestra contra tí. Y por otra parte, ¿qué causa puede motivar los elogios aun hoy dispensados al Príncipe, autor de tantos males?» Si le hablais de este modo, atenienses, no sabrá qué responder: vanamente hará entonces resonar su

voz; vanamente se habrá ejercitado en perfeccionarla.

¡La voz! Hé aquí una cosa que tambien pide algunas palabras. Muy engreido con la suya, Esquines, segun me han dicho, se promete seduciros por medio de un efecto teatral. Y bien, ¡atenienses! el que representando las desgracias de Tiestes y los infortunios de Troya fué silbado, arrojado de la escena y apedreado por vosotros, hasta verse en el extremo de renunciar aun á los papeles secundarios que desempeñaba, cuando ha causado tantas calamidades, no como actor, sino como encargado de los más altos intereses de su pátria, ¿será posible que os cautive con el acento sonoro de su voz? Esto sería, á mis ojos, la más estraña inconsecuencia. ¡Lejos de vosotros el obedecer á tales impresiones! Pensad qué solo en las pruebas sufridas por los aspirantes áregoneros públicos, es donde se deben exigir fuertes pulmones; pero la eleccion de un diputado, de un ciudadano que aspira á ser hombre de gobierno, debe fundarse en su integridad, en la energía de su alma cuando se trata de servir, y en su amor á la igualdad. A mí, por ejemplo, Filipo no me ha deslumbrado; solo he invertido el tiempo en ver á nuestros cautivos y en comprarles á mis espensas su libertad, y jamás me he humillado ante el Monarca. Esquines, por el contrario, bajaba la frente hasta el polvo y cantaba sus victorias, sin tener más que desprecios para Atenas. Sin duda la elocuencia, la voz y las demas facultades de este género, deben ser para todos vosotros una causa de satisfaccion y el objeto de vuestras distinciones, porque son beneficios de que puede participar un pueblo entero. ¿Pero se encuentran estos talentos en el malvado que, juguete de la más vil codicia, se arrastra por un puñado de oro? Rechazad al orador, rechazadle con indignacion y aborrecimiento. Así que el infame se ha hecho poderoso entre vosotros, por medio de la palabra, se ha convertido en un azote del Es-

tado. ¡Cuánto ha sufrido Atenas con todo aquello de que Esquines se vanagloria! Los demas talentos se sostienen bastante por sí mismos; pero ante la oposicion del auditorio, la palabra pierde su imperio. Escuchad, pues, al acusado como á un pérfido, un mercenario, un impostor.

A todos los motivos reunidos que piden su condenacion, añadid nuestra actitud respecto de Filipo. Reducido á la necesidad de res petar nuestros derechos, cambiará de política. Su sistema, hasta hoy, ha consistido en apoderarse del ánimo de algunos hombres, para hacerles engañar al Pueblo. Que sepa la muerte de sus cómplices, y en lo sucesivo á tí únicamente, ¡oh Pueblo soberano! tratará de complacer; y si se obstina en proseguir su insolente audácia, castigando á estos criminales habreis librado á la República de gentes siempre dispuestas á servir al enemigo. Culpables de tan grandes crímenes cuando podian temer el fallo de los tribunales, ¿qué cosa no serán capaces de intentar si los declarais absueltos? ¿Dónde están los Eutícrates y el Lastenes que no serán sobrepujados por el último de nuestros traidores? ¿Qué ciudadano permanecerá incorruptible cuando vea que el oro, el crédito y todos cuantos beneficios puede dispensar la amistad de Filipo, afluyen hácia los que han vendido la Grecia, mientras que los hombres íntegros que han sacrificado su fortuna por su pátria son inquietados y perseguidos por el ódio y por la envidia? No, no, ciudadanos; por vuestro honor, por vuestra religion, por vuestra seguridad, por todos vuestros intereses, no perdoneis á Esquines; importa que deis, con su castigo, una leccion terrible á todos los atenienses y á toda la Grecia.

DISCURSO POR LA CORONA

Introduccion.

Doce años habian trascurrido desde el proceso de la embajada, y la larga lucha de la elocuencia contra el génio de las conquistas había concluido con la derrota de Queronea.

Aun antes de que los atenienses hubiesen tributado los honores fúnebres á sus guerreros, y consagrado los tebanos á la memoria de los suyos, un magnífico leon colosal descubierto en nuestros tiempos, Atenas, como otras muchas ciudades nuevamente avasalladas, era teatro de infinitas acusaciones. Entre las más vehementes, se distinguian las del severo Licurgo contra un negociante fugitivo llamado Leócrates, y contra Lisicles, general no favorecido por la fortuna. Lisicles fué condenado á muerte. El orador Hipérides estuvo tambien á riesgo de perder la vida por haber decretado, en lo más inminente del peligro, la libertad y el armamento de los esclavos. Demóstenes sufrió tambien muchas acusaciones, siendo el más célebre é importante de estos procesos políticos, el que intentó Esquines al atacar un decreto en que se pedía que aquél fuese coronado en recompensa de su patriotismo. El segundo orador de Atenas, el jefe y representante del partido macedónico, había depositado su acusacion, ya hacia ocho años, en manos del Arconte, algunos dias antes de las fiestas de Baco, época en que se verificaba el acto de las coronaciones.

Mientras que Alejandro se aventuraba con treinta y cinco mil hombres en el corazon de la Persia, donde cada paso le costaba una batalla, la Grecia, sometida y debilitada, permanecía indecisa entre el deseo de libertad y el sentimiento de su impotencia. El carácter indolente y frívolo de los atenienses era poco á propósito para que